

das sus llagas, clavando en su interior el puñal de los recuerdos. Y en tal coyuntura, cuando más rencor debía tener su ánimo, con gran disimulo mostrábase poseído el rey de una serenidad y de una benevolencia bastantes á adormecer las más despiertas sospechas. Y en su memorándum recordaba que sufriera los ultrajes sin quejarse y las calumnias sin resentirse; la irrupción del pueblo en sus salones sin temblar; la mengua de sus derechos por la Asamblea sin resistir; el palacio convertido en prisión, los domésticos en carceleros, el código fundamental en una serie de concesiones aparatosas á su poder honorario y otra serie de negativas reales á su poder público; las violencias hechas á sus sentimientos religiosos, vejados y oprimidos hasta el punto de no permitirle comunicar con los sacerdotes de su culto; la imposición de una anarquía que lo declaraba jefe irresponsable del Estado para que luego respondiera de todo; quejas, en las cuales, si había una parte fundada y legítima por los muchos agravios que necesariamente le infirieran, había otra parte, y muy principal ciertamente, en que se exhalaba á gritos el reconcentrado furor contra los nuevos derechos y las nuevas libertades. Y en este punto, cuando la exaltación contra la Asamblea guiara su pensamiento y su pluma, recibe á Lafayette con paternal sonrisa, le tiende la mano con efusiva amistad, le miente con los labios una gran confianza, y lleva hasta los extremos de lo increíble la simulación y la perfidia. Pero no pudo engañar á una de esas parisienses avisadas, listas, ingeniosas, con ojos de lince, con oído de cierva, que al ver tanta maleta abierta, tanto traje recién hecho, tantos útiles de viaje aglomerados, comprendió toda la trama, y la denunció al alcalde de París, al íntegro Bailly, el cual no quiso creerlo por un sentimiento de afecto al monarca y de culto á la monarquía.

Las imprudencias de la reina crecían á más andar y tramaban las complicaciones gravísimas de las cuales debía surgir la ruina de todos, y para todos el patíbulo. En vez de aparejar un coche modesto, que llamase poco la atención, aparejó una inmensa berlina, pintada de colores fuertes, compuesta con mil artificios extraños, llamativa y esplendente, para que nadie pudiera equivocarse acerca de su papel en una empresa extraordinaria y de sus excepcionales destinos. Por si algo faltaba, vistió con trajes relucientes á picadores, á jinetes, á lacayos, como para que fuesen proclamando por caminos y por enrucijadas la soberana familia á quien acompañaban y el terrible ministerio que tenían á su cargo, dejando tras sí la anarquía y produciendo en su carrera la invasión y las extrañas irrupciones, cuyo paso por un pueblo deja rastros indelebles en el suelo y manchas indelebles en la historia. Luego hizo venir nada menos que de Suecia al célebre conde de Jersen, compañero de sus mocedades, gentilhomme de nacimiento, caballeresco y aventurero, enamorado con amor platónico de la reina y resuelto á obedecerla en sus caprichos, cuando en realidad necesitaba advertirla. Además hizo venir para el arreglo y distribución de las tropas al duque de Choiseul, familia devotísima del Austria, y que joven y hermoso y romántico entraba en aquella empresa política, cual pudiera entrar en aventura de juego ó de amor, gozándose en las recepciones y en las fiestas con que agasajaría noblemente á los fu-

gitivos allá en sus tierras y en sus castillos de Lorena. Además, en vez de confiar los príncipes á manos resueltas, á hombres de corazón y de energía, que los escudaran con su propia vida, y que murieran en su defensa, confióslos á la camarera mayor, porque en aquellas angustias de la hora suprema y del peligro inminente invocaba la religión de la etiqueta. ¡Desdichadísima reina! Cuando gozaba el trono sin amenazas próximas, encerrada en los limbos de incierto porvenir la columna de fuego que debía llamarse más tarde revolución francesa, gozábbase en las fiestas campestres que revelan la igualdad natural de los hombres, gozábbase en representar las comedias revolucionarias que derretían sobre sus sienes la corona de cien reyes, gozábbase en convertir los señores en ciudadanos, ciego instrumento de un poder más alto que su trono; y ahora, en estas circunstancias solemnes, calumniada, perseguida, presa, consistiendo su salvación suprema y la salvación de su familia atribulada en olvidarse de su rango y reducirse á la igualdad modesta y natural de todos los ciudadanos, empeñábase en mostrar, sin cuidarse de tan deshecha tormenta, los timbres de oro y las coronas de diamantes, que tenían la virtud de atraer sobre su frente coronada los estallidos del rayo revolucionario, el cual, como la chispa eléctrica despedida por las tempestades del cielo, cae en las alturas y hiere las sublimes eminencias de la sociedad. Los infelices creían prepararlo todo para la fuga, y realmente lo preparaban todo para la perdición. Así parecían, como los héroes de la tragedia antigua, víctimas de una fatalidad que pesaba sobre ellos con abrumadora é inmensa pesadumbre.

## XV

Es la noche del 20 de junio, la noche terrible de la insensata fuga. Uno de los más exaltados revolucionarios, de los más fieles al pueblo, de los más adictos á Lafayette, el subcomandante de la milicia Gouvión, célebre por su candor en las páginas de una historia donde hay tantos personajes célebres por su perfidia, guardaba la puerta, y veía entrar y salir los gentileshombres, mover y remover las pesadas maletas, empaquetar las joyas, sin caer en la cuenta de que todos aquellos trabajos son preparativos de viaje, cuenta en la cual acaso hubiera caído el caballo que montaba, de entrar y salir en las Tullerías con su facilidad y su desembarazo. Á mayor abundamiento, para distraer las largas veladas, para ocupar las inacabables guardias, para divertir el ánimo de las zozobras patrióticas, ponía los ojos en cierta lista muchacha de escalera abajo, que sabía cuanto pasaba de escalera arriba, y que no se mordía la lengua ni se recataba gran cosa para referirselo con sus puntas y señales á todo el mundo menos al bonachón de su sencillo amador. Nada tan fácil como presumir que había gato encerrado en los viajes de tantos gentileshombres, en las cartas cifradas y leídas á hurtadillas, en el encargo de monumental berlina, en el paseo dado por los condes de Jersen y de Choiseul en tal berlina, y hasta en el misterioso encierro de la tal berlina en casa de una señora llamada madama Korff, la cual lleva consigo un ayuda de cámara ya maduro, tres ó cuatro institutrices y dos tiernos infantes, niña y niño,

crecida aquélla y éste de unos siete años, notable por la blancura de su piel y el oro de sus cabellos.

Á las once de la noche el 20 de junio hay por los alrededores de las Tullerías tantos coches de alquiler trayendo ó esperando gentes, y hay por ende tantos cocheros departiendo sobre la política y otros asuntos, que nadie se fija en tales pequeñeces, y los que se fijan, se distraen, riéndose de las novelas divulgadas con tanta boga en los corrillos por la universal maledicencia. Las delaciones menudeaban ya en términos que Gouvión mismo retuvo á varios jefes de la milicia nacional, los cuales fueron á visitarle; dobló las guardias con verdadera previsión; y pasó la noche en vela, decidido á que no se riesen de él en sus barbas. Á las once de la noche París estaba ya recogido y comenzando á dormir tranquilamente. Sólo se veía alguna que otra patrulla, y varios patriotas avisados por cartas anónimas, anunciándoles la conjuración cortesana, y que, en vista de estas cartas, celaban el palacio de las Tullerías. Un peluquero de la calle de Borbón fué á visitar á un panadero de la calle de Teatinos para comunicarle todo cuanto se tramaba. Y habiendo el panadero comprendido el peligro, tomó verdadera zozobra, y despertó á los vecinos de su casa, y en compañía de ellos dirigióse á casa de Lafayette. Entrar y referir sus temores fué todo obra de un momento. Oírlos y reirse á su vez Lafayette fué también obra de otro momento igual. Oír á Lafayette y serenarse los alarmados fué también de igual necesidad y de igual presteza. Volviéronse éstos, y para no ser detenidos, reclamaron el santo y seña de aquella noche, en cuya virtud pudieron llegar hasta las Tullerías y ver lo que en sus alrededores pasó como de igual vulgar de varios cocheros de alquiler entretenidos en sus vulgares ocupaciones. Los tenduchos cercanos se cierran, los tenderos ambulantes se van y los preocupados se cercioran de que no sucede cosa alguna digna de tanta atención y de tanto cuidado. Lo cierto es que, tras tan repetidos recelos, la noche pasa como todas las demás noches, las gentes duermen su pesado sueño, y los conspiradores, parecidos en esto á los amantes, aprovechan el silencio y la soledad para sus peligrosas tentativas que, si afortunadas, debían separarles de la nación; si desafortunadas, del trono.

La reina y el rey admitieron, al mediar la noche, todas las personas que tenían por costumbre verlos, y desearles un buen sueño en aquella hora crítica. Ninguno de sus criados fué despedido más pronto que de ordinario, y ninguna de las costumbres antiguas fué echada en saco roto. Absolutamente todo pasó como debía pasar; todo sucedió como debía suceder, sin ningún género de detención ni de tardanza. Quitáronse sus vestiduras reales, pusiéronse sus disfraces de viaje; y cuando ya acabaron todos estos necesarios preparativos, diéronse todos á huir por uno de esos secretos pasadizos, que en varias direcciones atraviesan los palacios. Por fin, la monarquía se retira del lugar sagrado, que fuera como su sacrosanto tabernáculo por espacio de tantos y tantos siglos. Cuando Carlos I, el rey que después de haber abusado largamente de una autoridad limitada por las leyes inglesas, se encontró en guerra con su parlamento y con su pueblo, presintiendo el horrible resultado de aquel su empeño y la salida única de las amenazadoras catástrofes, pensó huir, encontróse tal como nos lo pin-

ta el pincel mágico de Vandyck, en este momento supremo, con el mar, con algo inmenso, sublime, divino, que lo detenía, como si el poder real fuese casi un elemento de la naturaleza; pero estos reyes de Francia corren el peligro de verse detenidos por un miliciano, por un fiacre, por un cochero de alquiler, por un látigo, por el relincho de un caballo, por la corazonada de una moza de retrete, por algo que á un tiempo mismo los pierda y los humille. Aquel obscuro pasadizo quizás conduce con seguridad al cadalso; pero ¡ay! que ni el cadalso mismo redime muchas veces de la humillación y de la vergüenza, dejadas en nuestra vida por lo bajo y por lo ridículo. El rey de Francia, que llevaba en su equipaje la vestimenta de grana y oro con que á sus marinos se presentara en Cherburgo cuando pasó revista á las fortalezas y á las naves, iba tristemente ahora vestido de lacayo, como si por una ciega fatalidad, antes de destronarlo el pueblo, se destronara él por su propio albedrío á sí mismo en aquel horrible momento de su historia. Tristes, tristísimos accidentes todos estos de la larga agonía de una institución tan grande y antigua como la institución monárquica, que después de haber hecho y formado la patria en los bárbaros tiempos de conquista, la entrega y casi la vende al extranjero en estos tiempos de libertad y de derecho.

La puerta casi secreta que se llama puerta de Villequier en las Tullerías ha abierto paso al patio de los Príncipes; del patio de los Príncipes ya no hay obstáculo ni centinela alguno que impida el paso á la plaza del Carrousel; y en la plaza del Carrousel ya no hay obstáculo ni centinela alguno que impida el paso á la calle de la Escala, donde aguardan los coches de alquiler. Es de ver al rey con su traje y su peluca de lacayo, que, en su torpeza natural, pierde una hebilla de sus zapatos, y se baja á recogerla en el momento en que de un segundo puede salir siniestramente á castigarle, en nombre de Francia irritada, la siniestra cuchilla del verdugo. Y el ayuda de cámara da el brazo á un doméstico, como él, especie de lacayo ó de correo, que se instala buenamente á su lado en el coche de alquiler. Y en este momento, para que la historia sea siempre dramática, dos linternas de un carruaje brillan fuertemente en medio de la obscuridad, y en su resplandor y en la rapidez del movimiento nótese que pertenece á un personaje de pro aquel vehículo. Y en efecto, es nada menos que un coche bien nefasto á los fugitivos, el coche de su carcelero, el coche de Lafayette, que corre á todo correr, arrastrando al comandante de la milicia nacional á que inspeccione el palacio por fuera y se entere de lo infundado de las sospechas populares y del sueño tranquilísimo en que duerme y reposa la real familia. Los incidentes dramáticos son tales que la reina toca con una especie de varilla, entonces al uso entre las elegantes, uno de los radios de aquellas ruedas, burlándose del chasco que va á dar á su guardador, precisamente llegado en el minuto mismo en que el rey entraba dentro de su coche en la calle de la Escala y ella salía desde el patio de los Príncipes á la plaza del Carrousel. Si Lafayette se vuelve tranquilo, después de haber visto á Gouvión, y enterándose de que nada sucede, la reina, cubierta con un sombrero á la bohemia, velada con espeso tul, apoyándose en el brazo de otro correo ó lacayo, y trayendo de la mano á su hija, en

vez de tomar á la izquierda, donde era aguardada, toma á la derecha, se extravía en el dédalo de callejones que separan el palacio de Catalina de Médicis del palacio de Enrique II, es decir, las Tullerías del Louvre. Ni ella, ni la niña, ni el criado, que es un guardia de corps, conocen á París, ni saben el sitio donde se encuentran. Los reyes, por regla general, como colocados allá arriba, en la cúspide del mundo social, ignoran las minuciosidades de la sociedad, apenas visibles desde esas alturas, é ignoran también las poblaciones que habitan, difícilmente descubiertas y estudiadas en la celeridad de un coche y en la ceremonia de una continua procesión oficial. Así es que ninguno de los tres personajes extraviados nota que se han ido por la derecha en vez de irse por la izquierda, que han atravesado el río y que se hallan en la calle del Bac, en vez de hallarse en la calle de la Escala. Y en éstas, una hora se pierde, hora preciosísima del solsticio de verano, en que las noches son tan breves, y en que, madrugadora é inoportuna, el alba puede delatar bien fácilmente la real familia á sus alarmados y suspicaces súbditos.

Por fin tiene la reina que dirigirse á un viandante y preguntarle, con riesgo por cierto de su vida, con peligro de delatarse á sí misma, por dónde ha de ir á la calle de la Escala. Y vuelve á desandar el camino andado, y vuelve á atravesar el puente real, y vuelve á recorrer la plaza del Carrousel, hasta que llega desalada por el temor y el cansancio á la calle de la Escala. ¡Qué hora aquella para el rey disfrazado de lacayo, para el conde de Jersén sobre todo disfrazado de cochero de alquiler y que está aguardando á una reina! Sus cofrades de París pasan, le hablan, le dicen alguna de esas frases propias de su oficio, le alargan la tabaquera para que tome un polvo, le convidan con un vaso de vino en la próxima taberna, le preguntan si habrá aventura que le procure una propina, le saludan en esa jerga que apenas puede comprender un caballero de Suecia, obligado á fingir más allá de lo posible ó á entregar á la revolución su regia presa. Por fin, después de una hora que debía parecer una eternidad al pobre cochero, pónense en movimiento los coches á las doce en punto. Pasan la calle de Gammont, atraviesan los grandes boulevares, recorren de extremo á extremo la Chaussée d'Autin, suben por la cuesta de la calle de Clichy, donde se paran para preguntar si el cochero del conde de Jersén ha ido en busca de la berlina de la baronesa de Korff; y ya de esto enterados, corren y corren hasta llegar á la barrera de San Martín, donde encuentran el apetecido vehículo que debe conducirlos á la frontera y granjearles su anhelada libertad.

El simón, como decimos en Madrid, que condujo á la familia real desde la verja de palacio á la puerta de San Martín, ese simón que cualquier coleccionador de objetos célebres hubiera comprado á precio de oro, queda solitario en aquel camino, abandonado al instinto de su caballo, el cual se precipita en un foso, y allí le vuelca como aquel viaje ha volcado también á la monarquía. Y desde la puerta de San Martín, donde se arrellanan seis viajeros en el interior de la berlina, tres vistosos correos en la zaga y el conde de Jersén disfrazado todavía de falso cochero en el pescante, dirígenle á Bondy, sitio donde aguardan á la reina varias damas

en otro coche con todo el aditamento de cajas, de sombrereras, de baúles, necesarios á una reina para escaparse de su reino.

Noche embalsamada y hermosa aquella, noche próxima al hermosísimo solsticio de verano, en que los pueblos celebran la velada de San Juan, noche media entre la primavera y el estío, perfumada por las flores hasta en los climas del Norte, iluminada por las estrellas rutilantes, bendecida por los que respiran su fresco ambiente, noche de poesía en que los herederos de tantos opresores van, devorando el espacio, en demanda de la propia libertad; si fuera cierto que los astros escriben allá en los espacios cerúleos, como con signos cabalísticos, la suerte de los mortales, ¡qué tragedia, tan superior á las de Esquilo, trazarían sobre la frente amenazada de aquellos infelices monarcas inclinados al abismo de su irreparable ruina!

## XVI

Hasta Bondy todo va bien, á pesar de que todo debía ir muy mal. Es cierto que por temor á las imprudencias de la real servidumbre en las Tullerías se retardó veinticuatro horas el viaje, lo cual trajo grande perturbación á la distribución de fuerzas militares en el camino: cierto que el brillo y magnitud de la berlina de viaje delataba en aquella correría un complot; pero también es cierto que los disfraces, los cocheros fingidos, las zozobras pasadas, la burla de los centinelas, la huida á despecho de Lafayette, el desacato á la Asamblea soberana, el rompimiento de la Constitución alegraban y satisfacían á la reina, tanto por lo que tuvieran de aventurero, como por lo que tuvieran de reaccionario y de faccioso. Y cuenta que las imprudencias se sucedían sin ninguna interrupción desde el seno de la Cámara, de donde se habían partido, hasta el seno de Bondy, adonde habían llegado en este momento crítico de nuestra historia. No digamos nada de la algazara que emplearon para disfrazarse, cuando acababan de despedir la servidumbre para dormirse. No digamos nada de haber entregado los niños á una dama de honor por razones de etiqueta, á una dama de honor, en vez de entregarlos, como exigía la conveniencia, á un hombre de fuerza. No digamos nada de haber salido la reina á ver partir á sus hijos hasta la plaza misma del Carrousel extraordinariamente iluminada; ni de haber andado por las calles de París con personas que las desconocía completamente. No digamos nada del abandono inconcebible de un coche de alquiler, que ha partido de la calle de la Escala, y se ha encontrado, sin cochero y sin gentes, en los fosos de una carretera; el envío de tantas damas de honor á Bondy con tantos equipajes basta por sí soto, si se considera que estuvieron allí diez horas seguidas antes de la llegada de los reyes, basta este acto para dar á conocer la demencia con que se había ideado y la torpeza con que se había concluido aquella criminal tentativa. Allí, en Bondy, todos se reconocen, como los actores de un drama después que ha pasado la función. El cochero es el conde de Jersén, que se despide para Suecia; el lacayo es el rey de Francia; la baronesa rusa es el aya de los príncipes; las institutrices y señoritas de compañía son la reina y la princesa Isabel; los hijos de la baronesa rusa,

el delfín y la duquesa de Angulema; los picadores y postillones, los guardias de corps más adictos á la persona del monarca. Con todo esto, imaginaos cuán fácil es suscitar sospechas y cuán difícil conseguir que se gane la partida en medio de tantas zozobras y de tantos y tan temibles peligros. Cuántos recuerdos debían despertar en el ánimo de aquellos seres, representantes de tantas tradiciones, las tierras que devoraban en su rápida fuga. Aquí el sitio de una batalla; allá el bosque de Bondy donde murió de muerte violenta el infeliz Chilperico; acullá las torres sombrías, levantadas para albergue de una familia real, y que han proyectado sobre el trono tantas sombras letales, las torres de la familia de Orleáns; por todas partes las huellas de la monarquía y de sus combates y de sus ejércitos y de sus victorias, apenas creíbles en esta angustiosa hora, en que la monarquía se iba fugitiva desde su palacio al extranjero en una cómoda berlina de viaje. Cuéntase que, en esta noche, sólo encontraron los reyes algún que otro labrador, conduciendo en sus asnos frutas y hortalizas á los mercados vecinos. Pero la aurora se levantó por aquel oriente, donde se encerraban las esperanzas del rey. Las aves comenzaban á gorjear sobre las ramas cargadas de rocío; la luz vino á herir la retina de aquellos viajeros desalados: todo puede descubrirse, y sin embargo, el coche marcha con paso tardo; el rey baja para andar un rato á pie y gozarse en la salida del sol como si anduviera por los jardines de Saint-Cloud ó por los bosques de Versalles; los guardias de corps, con sus libreas amarillas y sus látigos chasqueantes, cabalgan, cual si estuvieran en una magnífica parada; los cambios de tiros se verifican con una detención y una solemnidad verdaderamente regias; los gentiles-hombres dan las mismas propinas que daban cuando el rey iba de gran ceremonia desde uno á otro de sus reales sitios. Sesenta y nueve millas recorren estos infelices en veintidós horas, sin recordar que cada minuto vale un siglo. Así el pobre marqués de Bouillé se desespera, contemplando las órdenes y contraórdenes que ha necesitado dar para sus destacamentos; y el duque de Choiseul ve deslizarse diez horas aguardando en vano allende Chalóns á los fugitivos. Para que la temeridad fuese mayor, los tiros de caballos se multiplican en la ruta, y los destacamentos de soldados aguardan un tesoro; con lo cual despiertan unos y otros la general curiosidad y delatan la increíble aventura. ¡Tesoro!, dicen los campesinos moviendo la cabeza. El tesoro á los ojos de unos aparece en forma de invasión extranjera y á los ojos de otros en forma de patrullas armadas y venidas con el encargo paternal de apresurar el pago inmediato de los atrasos feudales. Así es que los húsares de Choiseul, extendidos por toda la vía, se encuentran celados por la guardia nacional y puestos en el duro trance de mantener un combate con el pueblo para ocultar un misterio del rey. Necesitábase absoluto desconocimiento del estado de los ánimos para intentar de aquella ruidosísima suerte fuga tan importante á fronteras incendiadas por una tempestad moral y henchidas de gentes armadas, las cuales atisbaban, para combatir las con igual fuerza, las dos calamidades temibles en aquella suprema crisis: la reacción monárquica venida de París y las invasiones militares venidas del extranjero. Y sobre un terreno volcanizado así la berli-

na anda tres millas por hora, y á mayor abundamiento, llena de princesas, circuída de picadores, cargada de baúles, dejando tras sí la delación de propinas excepcionales y promoviendo delante de sí el escándalo de los destacamentos que corren anhelosos en busca de un tesoro, el cual no puede ser otro que la corona de Francia.

Así pasa el día 21 y llega su luminosa noche. El sol baja con majestad sin igual á su ocaso y el labrador se retira con saludable cansancio á su vivienda; recógense las gallinas en los corrales y suenan los ganados en la entrada de los apriscos sus esquilas; calla la alondra en su nido de barro tras vuelos infinitos en busca de la luz, y levanta el ruiseñor á las primeras estrellas aparecidas en el desierto cielo las últimas endechas de su amor; y sobre todos estos esplendores y todos estos murmullos de la tarde, óyese la campana que llama á la oración y la plegaria del creyente, que, repitiéndose como los fenómenos mismos de la Naturaleza, ofrece en homenaje religioso tanta hermosura á María, que aparece calzada de la luna, ceñida del sol y coronada de estrellas, en los arboles del último crepúsculo. En noches así hasta la naturaleza del Norte convida á comunicación estrecha con su hermosura y hasta los pueblos germánicos ó semi-germánicos adquieren la vivaz locuacidad de los pueblos del Mediodía. El calor explica la democracia natural á ciertas regiones, porque congrega en la plaza pública á las muchedumbres; y como pinta y perfuma las flores, pinta y perfuma las imaginaciones; y como madura las frutas, madura las inteligencias y las prepara para el ejercicio de la libertad. En la aldea de Sainte-Menehold, donde un tiro de refresco aguardaba la regia berlina y un destacamento de húsares la real familia, salía á primeras horas de la noche aquella tan hermosa la gente del pueblo á departir entre sí sobre los asuntos públicos y á hablar con los soldados. Naturalmente, éstos, con sus uniformes vistosos, con sus armas resonantes, con sus dicharachos alegres, encienden la fantasía del pueblo y alimentan las conversaciones generales. ¿Y de qué hablar? Cuando todos los poderes se hallan entregados á las discusiones de una Asamblea, y todas las ideas á las competencias de la opinión pública, y todos los organismos sociales á recomposiciones continuas; cuando la revolución estalla y la prensa arde y los clubs vociferan y las milicias andan y los ejércitos discuten y los ayuntamientos parecen congresos y los congresos resultan soberanos y los soberanos cautivos, en esta gran tragedia habla naturalmente de política todo el mundo, no con el reflexivo juicio de la deliberación madura, con las exaltaciones propias de la fe ciega y del ciego y vertiginoso apasionamiento. Entre tantas gentes del pueblo como hablan de política descuellan dos personas interesantísimas en esta escena del drama trágico, que se llamará eternamente en la historia la fuga de un rey. Es una el capitán de húsares Daudoins, que ha pasado todo el día en esta situación extraordinaria, lleno de impaciencia por una berlina que debe aparecer en el camino de París, y obligado á ocultar sigilosamente á los ojos de todo el mundo el sentimiento que con más dificultad se oculta en el pecho, la impaciencia. Cuando nadie lo ve, pasea con precipitación de un lado á otro, habla consigo á solas, mueve sus